

1 FILMS de AMOR

UN LOCO DE VERANO



Num.
261

Films.
25

EDDIE CANTOR - BARBARA WEEKS



SUTHERLAND, A. EDWARD

FILMS DE AMOR

EL IDEAL DE LOS AFICIONADOS

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
VALENCIA, 234 · APARTADO 707 · BARCELONA

DEPÓSITO GENERAL DE VENTA EN BARCELONA:
SOCIEDAD GRAL. ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
CALLE DE BARBARÁ, NÚMEROS 14 Y 16

APARECE LOS JUEVES

AÑO VI

NÚM. 261

(PACHY DAYS, 1931)

UN LOCO DE VERANO

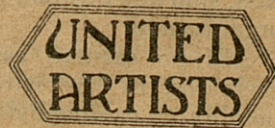
Adaptación en forma de novela de la película del mismo título, interpretada por el simpático artista

EDDIE CANTOR

Novelada por M. NIETO GALAN

ARTISTAS
ASOCIADOS

Rbla. Cataluña, 62-Barcelona



REPARTO

Eddie Simpson	EDDIE CANTOR
Miss Marín.	Charlotte Greenwood
Yolando.	Paul Page
Señor Clark	Charles Milddleton

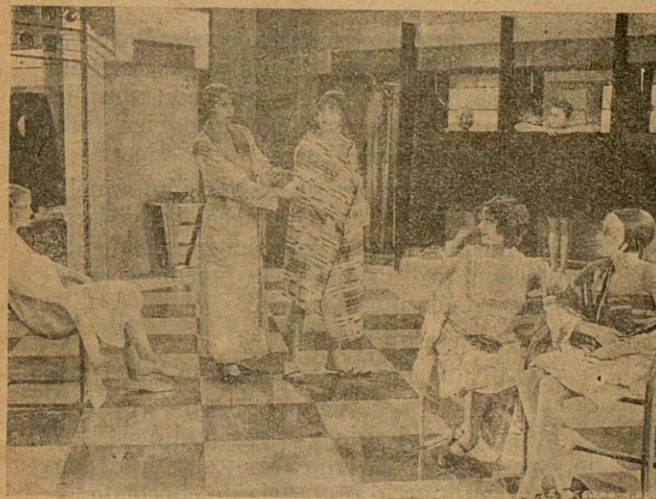
Argumento de dicha película

FILMS DE AMOR
EL IDEAL DE LOS AMERICANOS
EXPOSICION GENERAL DE BRUXELLES EN 1910
PRIMERA PARTE

La "Panadería y Pastelería modelos Clark, especialidad en Krapfens, pasteles helados y cocina de primer orden", era uno de los establecimientos más concurridos de Nueva York. Hay que hacer presente para justificar esta preferencia del público, en especial masculino, la gran idea que había tenido el señor Klar al montar el establecimiento, pues no era solamente la calidad de los pasteles lo que hacía que diariamente estuviese llena su casa, sino que influían en ello sobremanera su organización.

Allí no existían camareros, no existían cocineros, ni pasteleros, no había un solo hombre, en cambio había cada chiquilla como para hacer números. El señor Clark tenía buen ojo al escogerlas y los cuerpos de las lindas camareritas incitaban más que los sabrosos pasteles que servían.

Con un vestidito muy sutil para que dejasen ver el escultural contorno de sus cuerpos, las camareras iban de una mesa a otra,



...tenía contratada a Miss Martín...

asaetadas por las miradas incendiarias de los parroquianos que muchas veces se olvidaban de sus patses para contemplar a las muchachas que ante ellos servían.

Las había para todos los gustos, desde la rubia, casi albina, hasta la morena de ojos negros y gachones como los de las cubanas.

Además, el señor Clark, como hombre previsor que era, no las dejaba perder la línea y para ello, tenía contratada a Miss Martin, una

gran profesora de gimnasia, con más fuerza que el mismo Uzcudun. Tenía ya sus cuarenta años, más bien cumplidos que por cumplir, pero aun se conservaba bastante bien, gracias a sus ejercicios diarios.

Cuando mayor era la animación aquella tarde, entró un joven para hacer un encargo y, al quedarse mirando a la encargada del mostrador, sintió sobre él la fuerza de aquellos ojos y sólo pudo decirle.

—¿Quisiera un pastel?

—¿De qué clase?—le preguntó sonriéndole ella.

—Como usted quiera — respondió el cliente, que no podía apartar los ojos de la dependienta—aunque lo preferiría de chocolate.

—Si usted lo quiere de chocolate, se lo haremos de chocolate — respondió ella.

La muchacha lo dejó en el mostrador y se fué a la encargada de los pedidos diciéndole:

—Un pedido especial para mañana. Un pastel de chocolate.

La encargadita también se las traía, era una morenucha de ojazos que no le cabían en la cara, como para sentar plaza de cocinero a su lado para toda la vida.

—Está bien — respondió la encargada, transmitiendo la orden a otra chica.

Sonó un timbre y la encargada, siguiendo

la costumbre de la casa, se fué en busca de todas las jóvenes para decirles:

—Niñas, a la clase de Gimnasia de Miss Martin. Todas en fila.

Hicieron varias evoluciones, para ir ocupando cada una su puesto y entraron al lugar destinado para la gimnasia. Allí estaba ya Miss Martin al lado de la báscula para comprobar el peso de cada una. De pronto, cuando terminó de pesar a una de las muchachas le regañó cariñosamente:

—¡Cuidado, que engrosáis!... ¡Un kilo en ocho días!

—Sin embargo no como dulces — respondió la aludida—. Yo no sé qué hacer para no engordar.

—¿No sabes?—preguntó la profesora.

—No, señora—respondieron todas.

—Pues escuchadme y lo sabréis.

Y siguiendo el compás de la música, que las acompañaba en todos sus ejercicios de gimnasia, la profesora empezó a cantar:

Escuchad, señoritas modernas
para agradar y tener buenas piernas,
para conservarse joven y bonita
y tener el talle de Afrodita.

Una flexión a la derecha
y otra a la izquierda, estrecha.

Así tendréis el talle fino
y un busto divino.

Si os gustan las golosinas
y dulces de cocina,
sonreíd al pasar.

No os dejéis tentar.

Sólo así podréis tener
cuerpo de bella mujer.

Las alumnas corearon el refrán de la canción, al mismo tiempo que iban realizando cuanto les decía la profesora, quien después de un rato les recomendó:

—No olvidéis vuestro baño de sol en la terraza.

—Es que a la hora del baño pasan los avia-
dores.

—Ya veré yo eso — respondió la profesora, pensando que tal vez alguno de aquellos avia-
dores se enamorase de ella.

—¿Viene usted con nosotras? — pregun-
taron varias muchachas.

—Hoy no puedo — les contestó Miss Mar-
tin—. Hoy tengo que ir a casa de Yolando.

—¿El astrólogo?... ¿Ese que dicen que
adivina el porvenir?—preguntó una rubita,
dejando entrever su incredulidad.

—Sí—le dijo Miss Martin—, pero no vayas
a creer que Yolando es un astrólogo vulgar.

El mismo señor Clark no hace nada sin con-
sultárselo... A mí me ha predicho un ma-
rido...

Y mientras que las jóvenes subían a tomar
su baño de sol, Miss Martin se vistió para ir
a casa del astrólogo, pensando amorosamente
en aquel marido que le había predicho, pues
a pesar de sus cuarenta años, la profesora de
gimnasia suspira día y noche por el feliz
mortal que pudiera concederle la dicha de ser
su esposa.

EL EXPRESO DE SHANGHAI

El drama de dos almas, que se amaron,
que se aman y que se amarán mientras
vivan, dispuestas siempre al sacrificio.

Insuperable interpretación de

MARLENE DIETRICH

CLIVE BROOK

PRODUCCION

PARAMOUNT

FILMS

Precio: UNA peseta

Exclusiva de Ediciones Biblioteca Films

PEDIDOS A

Editorial ALAS - Apartado 707 - Barcelona

SEGUNDA PARTE

El tal Yolando, ni era astrólogo, ni adivinaba el porvenir, ni era otra cosa que un tuno redomado, que se valía de la credulidad de los que acudían a su consulta para sacarles el dinero.

Aquella mañana celebraban una sesión de espiritismo y entre los concurrentes estaba Miss Martin.

Como ayudante suyo, para todas sus maritengalas, tenía a un pobre muchacho, más inocente que una mariposa, el cual ejecutaba todas las órdenes que podía dar a su jefe, valiéndose de los mecanismos de que estaba provisto el salón.

Para ello se ocultaba en una habitación contigua y desde allí iba siguiendo las instrucciones del "maestro".

—Prepárense a comunicar con el otro mundo—les dijo el astrólogo—. Formemos el círculo místico.

Cuando todos se hubieron sentado alrededor de la mesa, Yolando siguió diciéndoles:

—Vais a escuchar tres golpes, dados desde el otro mundo.

El ayudante del astrólogo, o sea Eddie Simpson, que así se llamaba, cogió un martillo y dió tres golpes, pero al irlo a dejar se le cayó de las manos y Miss Martin exclamó:

—Han sido cuatro.

—Es el eco—respondió Yolando.

—Yo quisiera hablar con mi tía Matilde—le dijo uno de los concurrentes.

Yolando hizo bajar una especie de trompa hasta cerca del que quería hablar y le dijo:

—Su tía le escucha, hable con ella.

—¿Eres tía Matilde?—preguntó ingenuamente.

Eddie se tapó la nariz para conseguir que su voz fuese atiplada y respondió:

—¿Cómo estás, querido sobrino?

—¿Eres feliz en el Cielo?—volvió a decirle su sobrino.

—Sí, tenemos muy buen tiempo en Mineápolis.

—¿Cómo? — exclamó sorprendido—. ¿Estás en Mineápolis?

Eddie se dió cuenta de la coladura de pata que había hecho y se apresuró a decir:

—Sí, aquí en el Cielo hay un sitio que se llama así:

—¿Y cuándo podré escucharte otra vez?—le preguntó el sobrino.

—El viernes a las 8 y media. A las 7 y 30 termina el concierto de arpa.

Otra de las mujeres que formaban parte del corro de ingenuos, le dijo al astrólogo.

—Yo quiero oír a mi Harold.

La campana se volvió hacia el lado de la que quería hablar y oyó una voz que le decía:

—Es Harold que te habla.

La extrañeza de la mujer no tuvo límites y exclamó:

—Pero, si mi Harold era un perro.

—Debe haber confusión — se apresuró a decir Yolando —, pero el espíritu del animal vencerá... A veces hay cruce.

Eddie, inmediatamente de oír que se trataba de un perro, cogió un trozo de hígado y se lo enseñó a un perrito faldero que tenía allí. El animal se puso a ladrar y la señora le preguntó conmovida:

—Harold... ¿qué te dan de comer?

—Hígado... Hígado — respondió Eddie, entre ladridos, imitando al animal.

Terminada la consulta con los espíritus, el astrólogo les dijo:

—Ahora la mesa se levantará, lentamente. Eddie hizo funcionar una palanca y la mesa empezó a subir lentamente.

—Ahora bajara — gritó el astrólogo, pero Eddie, entretenido con el perro que se le quería subir encima siguió dando la palanca, y



El astrólogo se quedó contemplando una gran bola de cristal.

la mesa siguió subiendo, mientras que el astrólogo gritaba para que le oyese:

—Ahora bajará...

Nada, la mesa seguía subiendo.

—¡¡Digo que ahora bajará!!—volvió a exclamar Yolando.

Mas la mesa seguía subiendo, hasta que desesperado gritó:

—¡¡LA MESA VA A BAJAR!!!

Por fin se dió cuenta Eddie de lo que estaba haciendo e hizo funcionar la palanca en sentido contrario y la mesa, al bajar de golpe por poco sino hace que se rompan las narices a los que estaban de bruces sobre ella.

Señores—dijo Yolando—Por hoy ha terminado la sesión.

Todos se fueron inmediatamente, menos Mis Martín que le dijo:

—Yo quisiera pedirle...

—No me diga nada—exclamó Yolando—Yo sé lo que usted quiere... Usted desea amar.

—Es verdad, "maestro"—respondió la profesora de gimnasia—Búsqueme un marido.

El astrólogo se quedó contemplando una gran bola de cristal, como si en su interior viese algo y finalmente le dijo:

—Ya veo el hombre de sus sueños. Con un clavel blanco en el ojal. Es pálido, de grandes ojos negros... Llegará a las once.

—¡Le recibiré con los brazos abiertos!—exclamó conmovida Miss Martín, mientras que Yolando la acompañaba hasta la puerta.

Inmediatamente se presentó Eddie y el profesor se lanzó sobre él, como si lo fuese a estrangular por las equivocaciones que había tenido y le dijo finalmente:

—Vete a ver a Miss Martín, con un clavel blanco en el ojal.

Eddie, que había escuchado toda la conver-

sación, se opuso al deseo del profesor diciendo:

—Usted no me ha contratado para cortar mujeres.

—Tú harás lo que yo te ordene—exclamó el profesor.

Eddie se hubiera negado nuevamente sino hubiese que uno de los cómplices de Yolando lo encañonaba con su pistola. Entonces se puso a cantar, cosa que hacía siempre que estaba nervioso y terminó diciendo:

—Si me lo pide de esa forma... iré.

TERCERA PARTE

En el establecimiento Clark, Miss Martín estaba dando lecciones a sus alumnas, cuando oyó que daban las once campanadas en el reloj. Inmediatamente dió por terminada la clase diciéndoles:

—¡Las once!... ¡Salid pronto de aquí!

Segundos después se presentó Eddie y le dijo a la profesora.

—¿Es usted Miss Martín?

La profesora se le quedó mirando entusiasmada, pensando que aquel era el marido que le deparaba el Cielo y respondió:

—Sí, pero llámeme usted Elena, me gusta más este nombre.

—Yo soy Eddie Simpson—replicó él, pero llámeme usted "El incansable".

Miss Martín lo estrechó entre sus brazos, de forma que el pobre chico a penas si podía respirar y lo hizo sentar en un sofá, diciéndole melosamente:

—Toda mi vida he esperado este momento.

—¿Y ese retrato?—preguntó el joven, al ver uno en una de las paredes.

—No tengas celos—le respondió sonriendo Miss Martín—. Es el señor Clark, el dueño del establecimiento. Deja que te estreche otra vez en mis brazos, amor mío.

Eddie, que ya había comenzado a tener informes de la fuerza de aquella buena señora, pretendió oponerse diciéndole:

—Le advierto que yo no se hacer el Don Juan.

Mas su asombro no tuvo límite cuando vió que de detrás de una cortina aparecía un juez y les preguntaba:

—¿Listos?

—Todavía no, señor juez—respondió ella.

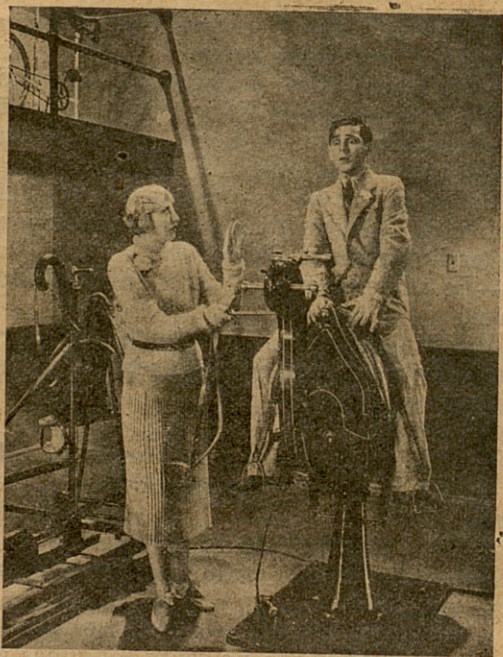
—¿Un juez? —preguntó Eddie—. ¿Para qué?

—Para casarnos—le dijo con emoción la profesora—. Nuestro casamiento ha sido previsto por el Cielo.

—Entonces, en el Cielo nos casaremos—respondió Eddie, que no tenía ningunas ganas de contraer aquel matrimonio de sorpresa.

Consiguió que se marchase el juez y cuando quedaron otra vez solos, Miss Martín lo levantó en sus brazos como si fuera un pelele, al mismo tiempo que le enseñaba sus bíceps y le decía:

—¿Ves mis músculos? Compáralos con los tuyos.



— Pare usted, por Dios...

Eddie se sujetó un muslo con las dos manos, luego hizo lo mismo con el brazo de Miss Martín y terminó diciéndole:

— Sí, son casi iguales.

— Levántame ahora a mí.

El muchacho pretendió hacerlo, pero en vista de que hacía el ridículo, respondió como la zorra al ver las uvas altas:

— No, prefiero jugar a otra cosa.

— Pues entonces hágame de ti, de tu familia.

Eddie vió allí la ocasión para deshacerse de la enamorada profesora y con aire compungido empezó diciéndole:

— Mi padre era cojo, sordo, mudo y ciego y mi madre murió cinco años antes de que yo naciera. A los tres años tuve un resfriado que me dejó algo tonto y con una debilidad que apenas si puedo moverme.

— ¡Magnífico! — exclamó la profesora—. Tal y como yo lo necesito. Ven conmigo.

Lo llevó a una habitación inmediata donde había aparatos para dar la sensación de un trote a caballo y le hizo subir a uno de ellos, al mismo tiempo que le daba marcha.

El pobre Eddie recibía todos aquellos golpes en la parte trasera y le suplicaba:

— Pare usted, por Dios...

— Esto te fortalecerá — le decía ella.

Mas fueron tantas las súplicas de Eddie, que al fin la profesora paró el aparato y Simpson descendió de él, como si le hubiesen quemado las posaderas.

— Tengo el trasero ardiendo — se lamentó Eddie.

— Un buen masaje te hará mucho bien — le

dijo ella. Y sin esperar a más lo tiró sobre la mesa de masajes, dándole una verdadera paliza. Lo hacía doblar inverosímilmente como si fuera un sacacorchos, al mismo tiempo que le preguntaba:

—¿Me amarás?

—Haré cuanto quiera—respondió Eddie.

Y mientras que Miss Martín se cuidaba de desarticular al pobre Eddie, en casa del profesor Yolando, preparaba éste el golpe definitivo contra el señor Clark, el cual, como de costumbre, había ido a hacerle una consulta sobre lo que debería hacer para impulsar su negocio.

Yolando, haciendo uso de la bola mágica, consultó con los espíritus y al cabo de unos minutos le dijo:

—Lo que usted necesita es un experto económico. Llegará a su casa a las doce como llovido del Cielo. Siga sus consejos y acertará.

El señor Clark, emocionado por el gran servicio que acababa de prestarle el astrólogo, se despidió de él diciéndole:

—No sé cómo poderle agradecer todo el interés que se toma por mí.

—No se preocupe de eso—le dijo sonriendo el astrólogo, al mismo tiempo que lo dejaba en la puerta.

Al volver al salón de experimento se encontró con su cómplice que le preguntó:

—¿Cómo va el asunto Clark?

—Pronto no podrá dar un paso sin consultármelo. Joe, a mediodía tú irás a casa de Clark y te presentarás como un experto económico.

Quedó convenido el golpe de esta forma, mientras que Eddie conseguía librarse de las garras de Miss Martín y corría escaleras abajo, para ponerse a salvo.

El señor Clark tenía una hija, una preciosa chiquilla, que estaba enamorada de John Steve, el jefe de correspondencia de la casa, aunque tenían que verse casi a hurtadillas de su padre.

Había ido ella a verlo a su despacho y Steve le decía:

—Anda, besémonos otra vez, ahora que no nos ve nadie.

—No creas que engañamos a papá. Sabe que eres mi novio.

—Sí, pero cree que gano poco todavía y por eso no quiere hacer público nuestro compromiso.

En aquel momento entró el señor Clark y al ver a su hija con su empleado, sonrió interiormente al mismo tiempo que le decía a ella.

—Déjalo trabajar y salir de aquí. Yo espero un experto de ciencias económicas.

—¿De dónde viene?—le preguntó su hija.

El señor Clark adoptó un gesto de gran seriedad y respondió:

—¡Del cielo!

Salieron los jóvenes para no lanzar la cajada ante él, y siguió corriendo Eddie de Miss Martín, quien le decía a voces, para que se detuviera:

—¡Todavía no hemos terminado!

—Pues tendré que ver el administrador de una funeraria—respondió Eddie, escurriéndose al mismo tiempo por el despacho donde estaba el señor Clark y en el preciso instante que daban las ocho.

—¿De dónde sale usted?—preguntó extrañado de aquella aparición el señor Clark.

—¡Del Cielo!

—Es un milagro que haya usted conseguido entrar aquí.

Y Eddie, pensando que más que un milagro era el haber podido librarse de Miss Martín, le respondió:

—¡No lo sabe usted muy bien, señor Clark!

—Pero, ¿hasta sabe usted mi nombre?... ¿Cómo es eso?

—He visto su retrato arriba.

El señor Clark, supersticioso como pocos, se acercó a él y lo tocó varias veces, para asegurarse que era un sér de carne y hueso. Eddie, adivinando que este era el motivo de aquel sobeo, terminó diciéndole:

—No soy un fantasma, no.

Ya no le cupo duda al señor Clark que

aquel era el hombre que esperaba y sin mediar más palabras le dijo:

—¿Acepta usted el puesto de experto de esta casa con 20.000 dólares al año.

Eddie, al oír aquella suma, creyó que le iba a dar un mareo y respondió:

—Le advierto que no me gustan esas bromas.

—Bueno, le ofrezco 25.000 dólares—le dijo el dueño, creyendo que se había quedado corto.

Y por si acaso era cierto, Eddie le respondió:

—Por complacerle, me quedaré por 30.000. Voy a darle mi primer consejo. Señor Clark, la prosperidad de esta casa será una realidad cuando todo el mundo sepa imitar a los patos como yo hago con la boca.

El señor Clark quiso hacer lo mismo que hacía Eddie y éste, en vista de que no lo conseguía, le dijo:

—Ensaye usted, mientras que yo busco un despacho por ahí.

Salió en busca del despacho y al entrar en uno de los muchos que había en la casa, vió sentada en la máquina a la hija del señor Clark, que se entretenía escribiendo.

—¿Puedo utilizar este despacho?—le preguntó.

—Si usted tiene que trabajar, yo puedo irme—le dijo la señorita Joan Clark.

—No, no, de ninguna manera—exclamó Eddie, que desde el primer golpe de vista había quedado prendado de Joan—. Este despacho lo necesito tal y como lo he encontrado.

—Le advierto—le dijo sonriendo Joan—que yo soy la hija del señor Clark.

—Perdón, señorita—se apresuró a decir Eddie—. Entonces me iré a otro despacho.

—De ninguna forma—respondió ella—. Yo no soy empleada y no hago nada aquí. Usted puede trabajar.

Y de aquella forma, por primera vez en su vida, Eddie sintió que su corazón era un volcán en plena erupción.

CUARTA PARTE

Pero como es natural, Yolando no podía avenirse a que otro ocupara el lugar que él había destinado para su cómplice y al efecto procuró saber quién era. Calcúlese el efecto que causaría en Joe cuando se vió ante el experto. Sin embargo, como había allí dos chicas que tomaban al dictado las órdenes que les daba Eddie, Joe le dijo:

—Tenemos que hablar solos los tres: usted, yo y mi compañero.

Eddie hizo una seña a las muchachas para que lo dejaran solos y le dijo Joe:

—¿El experto eres tú?

—Yo soy tan experto, como Yolando es astrólogo.

—¡Sal de aquí inmediatamente!—le dijo Joe.

—Yo saldré de aquí muerto — respondió Eddie.

—Pues así vas a salir—terminó diciéndole el cómplice del astrólogo, encañonándole con una pistola. Eddie se vió perdido e hizo un

ademán como para levantarse, pero lo aprovechó para arrojar la mesa sobre sus adversarios y ganar la puerta.

Aquella misma noche la fotografía de un periódico vino en su auxilio. Traía el retrato de un sabio espiritista francés que acababa de llegar a Nueva York y al día siguiente, cuando más tranquilo estaba Yolando, se presentó aquél diciéndole:

—Tenía gran empeño en conocerle... ¿Cuál es su último método?

Yolando no sabía que partido tomar y el profesor, para demostrarle sus métodos le dió una soberana paliza, saltando encima de él, tirándole de las orejas, apretándole la garganta y tan nervioso llegó a ponerse, que empezó a cantar.

Este detalle le perdió, pues inmediatamente Yolando comprendió que aquel individuo no era otro que Eddie. Le arrancó las barbas, el bigote y ya iba a emprenderla con él, cuando se presentó el señor Clark, que venía a hacerle una nueva consulta.

Eddie se vió salvado y cogiendo al señor Clark, le dijo:

—Para ganar tiempo he venido a consultar al profesor en su lugar. Podemos marcharnos.

Y de aquella forma se libró, por lo menos, de una paliza, que de cualquier cosa mayor era capaz Yolando.

—Pero no por eso dejó en mal lugar al astró-

logo Eddie, pues gracias a él aumentó hasta tal punto la venta, que por las tardes a la hora del te, había cola en la puerta del establecimiento para oírle cantar una canción que él había creado y que decía:

I

“El amor es una gloria
No cuesta más que el dolor,
Tal es mi historia de amor.
Todo para mí es factible,
Aunque mi bolsa no es rica
Hago todo lo posible
Para agradar a mi chica.”

II

Mi chica tiene caprichos
que más da. Usted se explica
que yo debo hacer el gusto
de mi chica.

III

Si ella quiere un automóvil.
Le muestro fotografías.
de las marcas más hermosas
con buenas carrocerías.

IV

Cuando llueve y no salimos,
Ella a quererme se aplica
y yo me dejo querer
por mi chica.

V

Quiero una perla, me dijo
cierto día,
Desde entonces como ostras.
Usted se explica
lo que uno tiene que hacer
para agradar a su chica.

Al día siguiente, al entrar el señor Clark a su despacho encontró a su hija escribiendo a máquina, repitiendo siempre la misma palabra, que decía: "Te amo"; "Te amo".

Se la quedó mirando y le dijo sonriendo:

—¿Esas son las cartas que se escriben aquí?
¿No sabes que aquí trabaja Eddie y no está bien que vea que te declaras a él de una forma tan directa?

—No es para Eddie, papaíto — respondió la joven.

—¿Para quién, entonces?

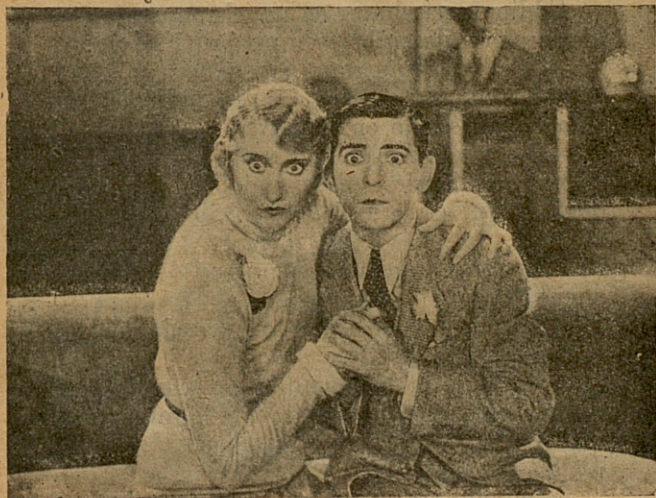
Es para Steve... ¿Cuándo anunciarás nuestro compromiso?

El señor Clark comprendió que era inútil seguir oponiéndose a aquellos amores y respondió:

—Mañana mismo daremos una fiesta y en ella anunciaremos vuestros esponsales. ¿Estás contenta?

—Mucho, papaíto — respondió la joven abrazándolo.

Poco después entró Eddie, cuando aun es-



—¿Ha dicho usted casados?... ¿CASADOS?

taba allí la hija del señor Clark y por encima del hombro de ésta leyó las palabras "Te amo" y se creyó que iban dirigidas a él. Sintió un gran pudor, pero procuró fingir que no había leído nada, hasta que ella le preguntó:

—Quisiera preguntarle algo, Eddie.

—Y yo también—exclamó él.

—Le cedo la vez—dijo ella.

Eddie quería hacer en aquel momento una declaración de amor y empezó diciéndole:

—¿Se debe uno casar joven?

—Sí, cuando se ama — respondió la muchacha pensando en su novio.

—Yo sé que ella me ama — respondió Eddie acordándose de las palabras que había leído y que creía a ciegas que iban dirigidas a él.

—Y usted, ¿la ama?—preguntó ingenuamente la muchacha.

—Tanto, que no duermo — exclamó apasionadamente Eddie.

—Ya se le pasará cuando esté casado—exclamó sonriendo deliciosamente la muchacha.

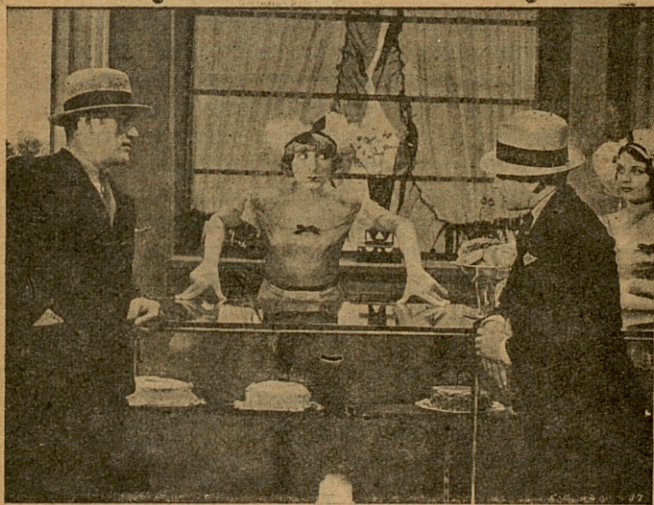
—¿Ha dicho usted casados... ¿CASA-DOS?

—Sí, hombre; ¿por qué esos aspavientos?

—Porque nunca lo hubiera creído. ¡Oh, esto más de lo que yo me esperaba!

Y ante el asombro de la joven salió cantando del despacho como síntoma evidente de que en aquel momento estaba completamente nervioso.

Pero hete aquí, que un día, cuando estaba en el despacho del señor Clark guardando un manojito de billetes, producto de los beneficios del año, que entró el astrólogo y desde aquel instante empezó para Eddie la verdadera desventura, pues Yolando y sus cómplices querían a toda costa apoderarse del dinero.



..incluso vestirse de mujer y salir a despachar al despacho.

Para librarse de ellos tuvo que recurrir a todos los trucos, hasta incluso vestirse de mujer y salir a despachar al despacho, ante el asombro de los clientes, que nunca habían visto una camarera tan fea.

Después tuvo que someterse al suplicio de la ducha y para colmo de males, tuvo que bañarse en la piscina donde se bañaban las demás chicas. Claro está que durante el baño dió muestras de su nerviosidad, poniéndose a cantar.

Mas todo lo daba él por bien empleado, pensando en la fiesta que se iba a dar aquella noche para anunciar los esponsales de la hija del señor Clark, esponsales que él creía que serían los suyos, sin poder adivinar que se trataba del novio de la muchacha.

Eddie esperaba impaciente el momento del anuncio, y para apaciguar su nerviosidad quiso distraer a la concurrencia con una de sus canciones y les cantó la siguiente:

I

¿Por qué no decir "Te adoro?
con un anillo y brillante de oro;
cuando se trata de amar,
nada nos debe asustar.

II

Yes, yes, ha dicho mi chica, yes, yes,
en lugar de decir no, no.

III

Al Niágara iremos,
en viaje de bodas,
y allí nos amaremos;
ella me cree un Apolo,
y su amor es para mí sólo.

IV

Yes, yes, ha dicho mi chica, yes, yes,
en lugar de decir, no, no.

Todo estaba preparado para ello y Eddie esperaba impaciente el momento, cuando se presentaron en la finca del señor Clark, Yolando y sus cómplices, acusando a Eddie de haber malgastado el dinero que le entregara el señor Clark.

Y como Eddie no pudo dar razón allí de la cantidad que le habían dejado y como en caja tampoco aparecía el dinero, se sospechó de él, aun cuando pretendía hacer creer que la había escondido dentro de un panecillo.

Para demostrarlo corrió a la panadería, pero le resultaba casi imposible encontrar el pan donde había escondido los billetes, entre tantos panecillos como allí había. Gracias que la casualidad vino en su ayuda y el primer pan que tomó era donde estaba el dinero.

Yolando y sus cómplices, al ver en poder de Eddie el dinero, quisieron arrebatárselo, pero la eficaz ayuda de Miss Martín hizo que los ladrones fueran detenidos y que la inocencia de Eddie saliera triunfante.

Cuando volvieron a la casa donde se celebraba la fiesta, Eddie había contraído el compromiso de honor de casarse con Miss Martín, que tan fielmente había corrido con él los peligros y llamó a un pastor para ante todo declarar su amor por Miss Martín, cantando al mismo tiempo, cuando el religioso le preguntó a ella si lo aceptaba por esposo:

I

"Yes, yes, Miss Martín, dice yes, yes,
cásenos pronto, yes, yes.
Antes que diga no no.

II

Para vivir unidos
con tu marido,
no te cases un martes
ni te embarques.

III

Te compraré un libro de cocina,
Me comprarás un puro en el estanco,
Yo prefiero un carnet de cheques
y una cuenta en el banco.

IV

Yes, yes, Miss Martín, dice yes, yes,
cásenos pronto, yes, yes.
Antes que diga no no.

FIN

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

SE complace en comunicar a sus bellas lectoras y simpáticos lectores que

SERÁ LA ÚNICA

que durante la temporada 1932-1933
novelará las grandes producciones de
las célebres e importantes marcas



PARAMOUNT



UFA



CINÆS



RADIO PICTURES



por haberle sido concedidas las exclusivas de dichas productoras

Además

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

editará todas aquellas grandes producciones de las demás casas no citadas.